



*Las*  
**DAMAS**

—  
LA VIDA COMIENZA CUANDO EMPRENDES EL VUELO

CROSS  
BOOKS

ANNE-GAËLLE HUON

Anne-Gaëlle Huon



*Las*  
**DAMAS**

LA VIDA COMIENZA CUANDO EMPRENDES EL VUELO

CROSS  
BOOKS

CROSSBOOKS, 2024  
crossbooks@planeta.es  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Les Demoiselles*  
© del texto: Editions Albin Michel, 2021  
Publicado de acuerdo con International Rights Management: Susanna  
Lea Associates

© de la traducción: Alicia Botella y María Brotons (Prisma Media Proyectos, S.L.)  
© Editorial Planeta, S. A., 2024  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: marzo de 2024  
ISBN: 978-84-08-28492-5  
Depósito legal: B. 2.916-2024  
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# 1

## *Mauleón, en la actualidad*

Encontré tu foto en un periódico. Me dejó sin aliento.

Estaba en la peluquería rodeada de la charla de la clientela y el ruido de los secadores. Acaricié tu foto con las manos temblorosas. Gorro de cocinera. Delantal. Se me aceleró tanto el corazón que pensé que me iba a estallar. Tu mirada, tu sonrisa. ¡Te has convertido en una mujer hermosa!

«¡Liz Clairemont, la chef favorita de los franceses!».

Leí la entrevista de una sola vez, sin respirar. Y luego empecé de nuevo para convencerme de que era real.

La periodista se había deshecho en halagos por ti. Trataba sobre tu participación como jurado en el programa *Toque Chef*. Al parecer, yo era la única que se lo había perdido. También hay que decir que no tengo tele. Tú conquistaste nuestros corazones y ahora eres toda una celebridad.

Lloré bajo los rulos.

La última vez que te había visto, había sido delante de la casa de las damas. Tenías cuatro años y un oso de peluche en los brazos. Me acuerdo como si fuera ayer. Tus lágrimas tras el cristal. El coche que te llevaba. Mi corazón detenido.

Hasta ayer no supe qué había sido de ti.

Cuando la peluquera se dio la vuelta, aproveché para arrancar la página.

Siguieron largas noches de insomnio. Me acuerdo de tu risa, de nuestros viajes a la costa vasca, de tus canciones, de nuestros abrazos vespertinos. Y de tu manita sobre la mía.

Te he echado mucho de menos, mi Liz.

Mi familiaridad debe de sorprenderte. Imagino que no te acuerdas de nada. Y menos aún de mí.

Sola en la cocina, se lo pregunté a la luna. ¿Qué sabías de tus orígenes? ¿Deberíamos hablar? ¿O debería enterrarlo todo en un rincón de mi memoria? ¿Cómo reaccionarías al descubrir la verdad?

Consideré ir en tren a París. Iría a cenar a tu restaurante, tal vez incluso me atreviera a saludarte. Pero desistí. ¿Qué haría una celebridad como tú con una anciana como yo? Mi nombre no te diría nada. Mi cara aún menos.

Estas preguntas me obsesionan y no tengo a nadie que me ayude a responderlas. Ese es el drama de la vejez: las dudas nos acompañan y las estrellas son poco locuaces. Así que, esta noche, he decidido escribirte. Contarte mi historia, que es también un poco la tuya. No porque sea vieja. No porque esté sola. No en nombre de la verdad, sino en nombre de la ternura y del coraje.

Las damas estarían muy orgullosas de ti.

## 2

Todo empezó cuando tenía quince años.

Nada de lo que me ha pasado en la vida habría sido posible sin Alma. Ella es el principio de todo. Y también el final. Alma era mi hermana. Era un año mayor que yo. Grandes ojos color avellana, una sonrisa que deslumbraba y una boca como una fresa. Yo era delgaducha, de piel apagada, ojos de cervatillo y la melena llena de nudos. Podría decirte que Alma lo era todo para mí y que yo lo era todo para ella. Pero eso no bastaría. Alma no era tan solo mi hermana. Era mi sol, la luna, las estrellas y todos los planetas reunidos.

Vivíamos en un pueblo español en el corazón de los Pirineos. Un rinconcito perdido del que, sin duda, nunca has oído hablar, Liz, y tampoco te has perdido gran cosa. Unas pocas calles adoquinadas barridas por el viento, techos empinados y una iglesia austera. En Fago no había nada. La gente del pueblo intentaba irse. Pero ¿irse a dónde? ¿Y con qué? Las chicas se iban durante una temporada. Solo tenían una palabra en la boca: Mauleón. Todas esperaban la llegada del otoño para volver a Francia y convertirse en costureras de alpargatas. Atravesar las montañas a pie y pasar el invierno.

no en el País Vasco francés, el momento de recaudar algo de dinero. De convertirse en golondrinas y arriesgar la vida por un ajuar.

Esa idea nunca se nos había pasado por la cabeza a mi hermana y a mí. Soñábamos con aventuras, pero no estábamos preparadas para un viaje tan largo y peligroso. Una enfermedad infantil me había dejado coja. ¿Qué iba hacer en las montañas con una pierna mala? ¿Y cómo dejar a la abuela? Ella nos había criado. Nos había envuelto con su amor y su ternura. Era lavandera en el hotel del pueblo vecino. Nosotras picoteábamos en las cocinas mientras ella se desgastaba las manos con un trozo de jabón. Nos faltaba de todo, excepto amor.

Fago era otro mundo, mi Liz. Era un mundo pobre, pero era el nuestro. Nunca me imaginé marchándome de allí. Sin embargo, cuando la abuela se enfermó, no nos quedó más remedio. Quería confiarme a su hermano. Alma encontraría un buen sitio. ¿Separarme de Alma? Esa idea me aterrorizaba. Mi familia se resumía en una anciana enferma y mi hermana. ¿Cómo iba a vivir sin ellas?

Así que una noche, se me ocurrió esa idea alocada. Detrás de las montañas estaba Francia. Los talleres de alpargatas y la promesa de un salario. Dinero para la abuela. Para poder cuidar de ella como ella había cuidado de nosotras. Volveríamos en primavera con dinero suficiente para el año siguiente. Después ya veríamos.

Un plan sencillo. Lucrativo. Peligroso.

Alma dudó. Francia estaba lejos. El camino era peligroso. ¿No sería mejor quedarse cerca de la abuela? Yo insistí. Esos seis meses pasarían rápido, no teníamos nada que perder. ¡Tendríamos libertad, dinero fácil y aventuras! Se decía que los domingos había baile en la plaza de Mauleón y que los franceses eran muy guapos. Evidentemente, nosotras no

teníamos nada que ver con las que iban a recoger encajes, resistiríamos juntas, no había nada que temer.

    Mi entusiasmo superó a sus reticencias. Alma estaba dispuesta a cualquier cosa por mí. Y así decidimos marcharnos a Francia, mi Liz. Así empezó todo.



### 3

1923. Los primeros días de octubre llegaron con un aire glacial. Eran apenas diez muchachas, todas vestidas de negro, calzadas con alpargatas y peinadas con dos largas trenzas que les terminaban con una cinta oscura en el pecho. La mayoría hacía ese viaje por primera vez. Carmen, la más mayor, tenía diecisiete años. Era su tercer viaje. Todo lo que sabíamos de Mauleón nos lo había contado ella. El año anterior, Carmen había vuelto con sábanas, encajes y un juego de porcelana. Eso bastó para iluminar los ojos de todas sus compañeras. De caderas anchas y pechos grandes, su silueta contrastaba con la de las jóvenes más escuálidas acurrucadas bajo sus abrigos.

Cuando nos acercamos, hubo murmullos y miradas. No éramos bienvenidas. Las chicas del pueblo no nos querían, pero Carmen era su líder. Las hizo callar saludándonos con un movimiento de cabeza. Nuestra madre y la suya habían sido amigas en el pasado. ¿Le habría hecho prometer a su hija que nos vigilaría?

—Va a hacer frío —se limitó a decir Carmen.

Cerca del grupo, había un joven con un sombrero negro apoyado en un bastón.

—¡Nos vamos! No hay tiempo que perder —soltó.

Agarró la cuerda de una mula y echó a andar. A lo lejos, tras las montañas, se anunciaba el amanecer con degradado de colores.

El grupo de chicas se puso a cantar. Mis pensamientos volaron hacia Mauleón. El día anterior le había confesado nuestro proyecto a la institutriz. Ella había fruncido el ceño con inquietud. ¿No había otra solución? Luego esbozó una sonrisa triste y resignada. El último día, en lugar de hacer cálculos y dictados, había preferido rezar: «Santo Dios, protege a Rosa y a Alma al otro lado de las montañas y tráenolas de vuelta».

Nuestro grupo rodeó Caldera y se adentró en el valle de Roncal. A los pies de las montañas, la niebla envolvía los pueblos. Se nos unieron algunas jóvenes de las aldeas vecinas, a veces acompañadas por algún hermano o padre. El grupo se volvió cada vez más silencioso. Delante de nosotros estaba el bosque.

El aire pesado. La tierra helada. Las sombras amenazantes. Me daban miedo los lobos, las bestias salvajes. Pero estaba decidida a no demostrarlo. Apreté los dientes. Esa expedición había sido idea mía.

Empezamos a subir la montaña. La piedra estaba mojada y resbaladiza. Nuestro equipaje era voluminoso. En mi pañuelo había metido guisantes de nieve. Mi hermana había llenado el suyo de judías blancas y un poco de carne de chivo. Llevaba colgando del brazo un pequeño banco de madera que nos serviría de asiento durante las paradas.

Yo avanzaba como podía, arrastrando la pierna mala como si fuera un saco. A veces captaba la mirada preocupada de Alma y redoblaba mis esfuerzos para mantenerme en cabeza de la comitiva. Y me encontré tras él.

Pascual.

Detallé sus hombros anchos, su nuca oscura. Se dio la vuelta para asegurarse de que no dejaba el grupo atrás. El corazón empezó a latirme un poco más rápido. Desde la curvatura de su boca al tierno verde de sus ojos, de la delicadeza de sus manos a la protuberancia de sus pómulos... todo en ese muchacho parecía haber sido creado por un dios esteta, preciso y aplicado. Alma y Carmen se rieron. Con las mejillas sonrojadas, aceleré pasando al joven para distanciarme de ellas.

Pasaron las horas. El bosque de robles. Altiplanos y valles. El balbuceo de las golondrinas. Algunas se paraban a veces, agotadas. En grupos de cuatro o cinco, se sentaban en sus taburetes, suspirando. Sin duda, estaban pensando en los regalos maravillosos y en los encajes que las esperaban al otro lado del relieve. Mauleón era un faro en su noche.

En uno de los descansos, Alma, Carmen y yo nos quedamos solas con Pascual. El cansancio les crispaba los rostros. Incluso mi hermana se mantuvo en silencio.

—¿Quieres?

Pascual me tendió una cantimplora. Apreté la piel flácida y un chorro acre me entró en la boca. Me gustó que me tratara como a una adulta, aunque el vino me quemara la garganta. Me senté en mi taburete y, en un reflejo de coquetería, oculté mi pierna mala debajo del vestido.

Ante nosotros, un pesado cielo ocultaba los picos de los Pirineos. Conocía ese paisaje desde que había nacido, pero nunca me cansé de admirar las montañas. Entre los olores de la tierra, de las hojas y de la roca, se deslizaba el aroma más dulce de las orquídeas negras.

Me armé de valor y le pregunté con una voz más dura de la que tenía intención de poner:

—¿Tú a dónde vas?

—A Argentina.

Sacó su navaja y cortó un trozo de queso manchego. Me lo tendió. La masa firme y tierna desprendía un mantecoso sabor a nuez. El estómago me rugía de hambre y dejé que el queso se me disolviera en la lengua. En su familia eran nueve chicos. No les faltaba mano de obra, pero sí dinero. En cuanto al servicio militar, todos intentaban escaparse. Había cientos de muchachos zarpando a las Américas. Futuros hombres pródigos.

—Iré con vosotras hasta Francia y luego me dirigiré a la costa.

La perspectiva del mar abierto hizo que le brillaran los ojos con una luz nueva. Tenía veinte años y ya era todo un hombre. Pascual era el muchacho más guapo que había visto en toda mi vida. Aunque, en esa época, no había visto a muchos.

En el aire, el aroma de los abetos reemplazó al de las alia-gas. Un buitre cruzó el cielo girando lentamente sobre nuestras cabezas.

—Tenemos que seguir —espetó.

El pequeño grupo reanudó la marcha. La piedra estaba congelada y, un poco más arriba, el camino desaparecía bajo un mantón de nieve. Yo avanzaba en silencio, atenta a las conversaciones de las más mayores cuando, de repente, mi pierna coja y con calzado inadecuado resbaló sobre una roca. Pascual me atrapó al vuelo.

—¡Cuidado! ¡Este camino es peligroso!

El calor de su mano se demoró en mi manga. Me estremecí. Delante de nosotros había un barranco. Una boca enorme y abierta atravesada por un puente suspendido.

—El puente del Infierno —murmuró Alma aferrándose a mi brazo.

Se decía que ese bosque estaba poblado por elfos. La abuela nos había contado todo tipo de leyendas y, durante

mucho tiempo, a mi hermana y a mí nos costó conciliar el sueño una vez se apagaba la vela. Visualicé mentalmente todo un bestiario extraño y fabuloso. Me pareció oír un aullido, algo agitándose entre la maleza.

—No mires hacia abajo —me susurró Alma.

Me apresuré a desobedecerla. Y grité. El barranco parecía no tener fondo. El vacío me llamaba.

Un ruido me sacó de mi estupor. Había aparecido un pequeño grupo de gente al otro lado del puente con una lámpara en la mano. Tres hombres y una mujer encorvada, una silueta minúscula contra el verdor del bosque. Andaba de un modo extraño, parecía que se arrastraba. Cuando se acercó, me fijé en su cabello desgredado y en que tenía un brazo inmóvil, apretado contra su cuerpo, como si sujetara a un niño.

La mujer se detuvo y nos miró una a una. A continuación, señaló a mi hermana con el dedo y se echó a gritar. Salté y las golondrinas se quedaron inmóviles, horrorizadas. El pequeño grupo se acercó haciendo que el puente se balanceara.

—¡Avanzad! —gritó Pascual desde el otro lado.

Aterrorizada, me apresuré a unirme a él.

Esa bruja era digna de los cuentos de mi abuela. Aún hoy parece que no puedo olvidar su rostro.

La noche cayó suavemente sobre las montañas. Seguimos caminando. ¿Veríamos el final de ese viaje? No había nada menos seguro. Se necesitaban dos días para llegar a Mauleón. ¿Habríamos recorrido ya la mitad del camino? Notaba las piernas débiles y los brazos doloridos. Me sangraban los pies, no iba a poder avanzar más. Un hombre que iba en cabeza de la procesión empezó a silbar. Una lámpara brillaba en la fachada de una cabaña aislada. Un refugio de altura. Hora de descansar.

Hacia casi doce horas que habíamos salido. Padres, her-

manos y primos de las jóvenes nos habían abandonado, llevándose las mulas con ellos. No irían más lejos. Algunas lágrimas, ningún abrazo. Solo una mano en el hombro, un movimiento de barbilla para desearnos buen viaje. La frontera estaba allí. Cenamos unos cuantos guisantes antes de acurrucarnos bajo las mantas esperando el amanecer.

Con las primeras luces, la corta noche había dejado huella en los rostros. Tan solo Alma y su alegre sonrisa parecían inmunes al cansancio. Deslizándolo su mano sobre la mía, me susurró que esa noche estaríamos en Mauleón. ¡La abuela estaría orgullosa de nosotras! Tenía el nombre de la ciudad escrito en la mente con letras luminosas. Su entusiasmo era contagioso. Me levanté, impaciente por llegar finalmente.

Pero todavía quedaba lo más duro. Las veteranas nos advirtieron. En Belagua, la Guardia Civil estaba al acecho. Había que dar un rodeo para evitar a los agentes, tomar un camino más discreto, aunque más peligroso.

En la penumbra de esa mañana de otoño, se formó una larga cadena a lo largo del barranco. Era un camino angosto y las golondrinas avanzaban unas detrás de otras como pequeñas siluetas dobladas por el viento. Me coloqué detrás de Pascual para protegerme de las ráfagas. El pastor se giraba de vez en cuando para asegurarse de que fuéramos bien. Le dirigí una tímida sonrisa temblando bajo la capa. La pierna me pesaba una tonelada.

—¡En el lado español el camino es horrible, pero en el lado francés es todavía peor! —gritó Carmen.

Nuestro equipaje pesaba y el sendero escarpado estaba cubierto de nieve. En la niebla, no se veían los bordes del camino a más de un metro. Sobre nuestras cabezas, las águilas se arremolinaban tan cerca que parecía que podíamos tocarlas.

Caminamos largo rato en silencio. Las golondrinas eran

como un rosario de perlas negras sobre el paisaje. Valientes, concentradas. A veces usábamos nuestras manos y a veces las de las otras para avanzar. De repente, Pascual se detuvo de cara al viento. Se arremolinaban nubes negras en las alturas.

—¡Hay que refugiarse! —gritó sujetándose el sombrero con la mano.

Escurté las montañas a través de la cortina de lluvia que azotaba los árboles. La roca escarpada, unos cuantos abetos dispersos. Y el cielo oscuro que nos engullía.

—¿Dónde? —chillé.

Una ráfaga se llevó mi pregunta. Un trueno estalló de inmediato y resonó en la montaña. Una explosión.

Pascual me señaló con el dedo lo que parecía ser un aprisco más abajo. Se lo indiqué a Alma, quien me sostenía la mano. La lluvia redobló su intensidad. Echamos a correr con las trenzas al viento y cubriéndonos la cabeza con los bártulos con cuidado de no resbalar. Me enfadé con la pierna que me obstaculizaba los movimientos. El camino angosto descendía a lo largo de un barranco y la grava resbaladiza dificultaba nuestro avance.

Me detuve para recuperar el aliento. Más abajo, Pascual nos hizo indicaciones. Debíamos acelerar. Con prisas por unirme a él, le solté la mano a mi hermana para poder avanzar más rápido. Un relámpago atravesó el cielo seguido, de inmediato, por un diabólico rugido. De repente, una roca se desprendió de la montaña. Cayeron piedras en un estrépito de polvo y asustaron a las golondrinas. Se detuvieron todas justo a tiempo ante el abismo que se abría ante sus pies. Todas menos una. Alma gritó, desequilibrada por su equipaje. Su mano buscó apoyó en vano.

Y desapareció tragada por el vacío.